

Julien Gracq

LA PENÍNSULA

Traducción del francés
Julià de Jòdar

 NOCTURNA
EDICIONES

Madrid, 2011

Título original francés: *La Presqu'île*

© de la obra: Librairie José Corti, 1970
Publicado en 1970 por primera vez en Francia por José Corti
© de la traducción: Julià de Jòdar, 2011

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.es
www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna Ediciones: diciembre de 2011

Corrección externa: Eva Méndez Herranz
Preimpresión: PARIMPAR, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*
Ino Reproducciones, S.A.

Código BIC: FA
ISBN: 978-84-939200-4-3
Depósito Legal:

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

NOTA DEL EDITOR

La península es uno de los tres textos de Gracq dedicados a la espera (entre ellos, *El rey Cophetua*, publicado en esta misma colección). En esta novela, proustiana y sensual, el protagonista aprovecha el retraso de su amante para recorrer parte de Bretaña. Pero ¿qué lugares? De Savenay a Piriac-sur-Mer, aunque Gracq optó por cambiar los nombres y, así, ambos se convierten en Brévenay y Kergrit respectivamente. Este viaje, algo onírico tanto por los parajes solitarios como por los nombres ficticios, queda reflejado en un mapa al final del libro.



PAUL CÉZANNE.
La casa del ahorcado, 1873-1874.

A través de la vidriera de la sala de espera, Simon vislumbraba a su derecha, proyectada sobre el andén y contra los cristales, la sombra de la marquesina calada, de cuyas polvorientas alas color chocolate se divisaba el comienzo; pero a su izquierda el manto de sol caía a plomo sobre el yermo de los raíles, de donde ascendía la reverberación un tanto temblorosa de las vías ardientes. Una hilera irregular de vagones de mercancías, en la que el mismo y discontinuo tono chocolate se impregnaba del marrón de la herrumbre, cerraba la visión por aquel lado —entre los raíles y sobre las traviesas, bajo la cocción del sol, el cacao calcinado y granuloso del balasto mudaba a un marrón más oscuro, virando al matiz que las cajitas de betún denominan *marrón parisién*; y asentados sobre aquel lecho torrefacto, los raíles, con su luz cegadora, evocaban en el ojo herido el calor de un principio de

fusión— muy lejos, por aquel lado, en el destierro de la maraña de raíles secundarios, se alzaba una segunda marquesina confinada sobre su elevada base de asfalto, mísero y oxidado embarcadero de los trenes para obreros, donde perdía sus blasones al codearse con las barracas de tablas de los agentes de señalización y el hollín de la cantina de los mecánicos. Detrás de la cortina de vagones, a intervalos cansinos, se oía el topetazo de un convoy de mercancías oculto. En lontananza, en el yermo de las vías, todo tedio y sueño, nada se movía: la árida tristeza del mediodía se precipitaba sobre la estación; un delgado ribete recocado centelleaba en el borde de los techos de los vagones como empapado de aceite. Cuando la mirada se desviaba del yermo resplandeciente, la sala de espera, inmersa en la penumbra que se abatía desde la marquesina, parecía de improviso muy fresca. La taquilla estaba cerrada, pero cabía imaginarla ocupada —antes que habitada— como una garita por su centinela: la visera caída de una gorra se movía desmayadamente a intervalos tras los cristales, flanqueada por un pabellón de oreja que sujetaba un lápiz. Sobre el banco de madera apoyado en el tabique, una vieja con una toquilla negra ceñida al pecho estaba sentada junto a una cesta de mimbre, con la cabeza gacha; tan difícil era de concebir que hubiese entrado allí como que alguna vez fuera a salir: más bien parecía aguardar, a la luz oblicua de la ventana, contra un fondo de mugrientos marrones de taller, a un pintor en busca del *arquetipo*.

«Aquí, desde luego, no se espera a nadie; ella no vendrá —pensó Simon—. Quizás incluso fuera mejor que no viniese ahora». Le irritaba aquella gorra detrás de la taquilla que había alzado la ceja al verle entrar en la sala de espera veinte minutos antes de la llegada del tren, de modo que, una vez consultada la guía de trenes, prefirió darse un garbeo bajo las acacias de la plazuela —al mismo tiempo sentía en la boca del estómago, como cada vez que esperaba a alguien que había de llegar en tren, una sensación de ligereza algo exaltada que no resultaba desagradable. No pensaba en absoluto en Irmgard—; entre los horarios Chaix pegados en los paneles giratorios que había consultado una vez más, y el reloj de la vía a cuya gran aguja sincopada vigilaba por el rabillo del ojo, no había en aquel instante más que la leve ansiedad nerviosa del tren, moderada, sin embargo, como corresponde a un ómnibus.

«Naturalmente, no cabe la posibilidad de que ella llegue ahora —volvió a repetirse Simon—; no vendrá más que con el tren de esta noche, y tanto mejor. Su carta decía: “Muy poco probable”». Encendió un cigarrillo y, plantándose frente a un cartel, se interesó un momento de forma ostentosa por la sonrisa oficial bajo la banda roja del revisor que pregonaba las tarifas de abono, pero de vez en cuando dejaba escapar ese guiño picarón que se envía desde un café a una mujer solitaria junto al reloj del andén, cuya aguja acababa de alcanzar con un ligero espasmo las 12.53. Sus pies se despegaron contra su voluntad del cartel y le llevaron con más agilidad de la deseada

hacia la vidriera de la puerta. Miraba de hito en hito, con una pequeña contracción de la garganta, la senda reverberante de las vías hacia la izquierda, por donde su haz se anudaba detrás de la cabina del guardagujas. «Ahora empezará el *retraso* —pensó, en un raptó de resignada contrariedad—; si por lo menos fuese una estación rural, anunciarían el tren». Los retrasos siempre le irritaban sobremedida; ya veía ante sí el almuerzo frío, la búsqueda a regañadientes de un restaurante entre la modorra del pueblo abandonado a la *una del mediodía*. Pero se produjo un movimiento en el antro de la taquilla, de donde salió la gorra, con una bandera roja enrollada bajo el brazo, y abrió la puerta del andén haciendo trepidar todos los cristales. El cesto de mimbre se levantó del suelo al extremo de un brazo de áspera lana, como transportado por la súbita bocanada del aire exterior, y de pronto, al final del estupefacto yermo, algo tuvo lugar: una pequeña locomotora negra surgió como de un toril por detrás de la cabina del guardagujas, con un movimiento a la vez impetuoso y lubricado, alegre, y de golpe el tren entero estaba a la vista; tres o cuatro vagones de pasajeros y un furgón que frenaban muy deprisa y ya se quedaban inmóviles frente a la marquesina remota. Una pequeña oleada calurosa y vivaz, una suerte de plenitud clausurada, preñada de expectativas, se expandió unos segundos con los chorros de vapor en torno a la marquesina y los talleres oliváceos, cerrados aún; pero ya estaba claro que el acontecimiento iba a ser como el parto de los montes: bajaron ocho o diez viajeros, que por un instante pare-

cieron concertarse al pie de los vagones en un inicio de confusión, igual que una cuadrilla que acarrea sus bultos y se toma sus pausas, antes de desplegarse en una procesión harto teatral, aunque poco nutrida, que cruzó las vías de perfil sobre el entarimado. Sólo un pasajero portaba una maleta, y otros dos o tres, bolsas; aguzados por el almuerzo tardío, parecían apesurados y huidizos, con la cabeza gacha y aquel aire de humilde disculpa de los viajeros a quienes no espera nadie. Después, el clímax concluyó muy deprisa: engullida la procesión por el portillo, el andén volvió a quedarse vacío; sólo un descargador se demoraba con su carretilla cerca del furgón de cola. La carretilla atravesó las vías. Repentinamente, los avasalladores chorros de vapor parecieron calmarse, luchar con menos ímpetu contra el sueño renovado de la estación, a la manera en que cesa de remover la cola y agacha las orejas un perro al que ya no hacemos caso. Simon mantuvo un poco más la nariz pegada a los cristales; crecía en su interior una agitación de obstinada e incesante espera; desde lejos apretaba con ambas manos aquella carcasa vacía a la que abandonaban para intentar aún sacudir de ella un último grano suelto. Hubo a continuación un reumático rechinar de ejes; luego, muy suave y quedamente, el tren, llegado a su término, empezó a recular. Todo se había acabado. Perdida la carga liviana de su última razón de ser —la soberbia y resoplante bravura de su llegada: ya no era sino un convoy anónimo, una ristra de cajones vacíos empujados hacia el depósito a topetazos—, el tren de las 12.53 volvía a su elemento.

Simon salió, procurando adoptar un aire desenvuelto ante la mirada bovina del de la gorra. Fuera, el sol caía a plomo sobre la plazuela solitaria entre sus acacias. No estaba realmente triste, sólo un poco vacío, como una casa repintada y bien dispuesta que no han ocupado; sencillamente, el hecho no había tenido lugar.

Puso en marcha su pequeño automóvil y empezó a subir la rampa que lleva al pueblo. Brévenay no es más que una estación de enlace, que se despliega al pie de un talud bastante empinado. El lugar que le presta su nombre se alza a media pendiente, entre una fea iglesia con cúpula, en lo alto, y, por abajo, los muros de contención de sus pequeños huertos erizados de carbonilla; desde la mañana hasta la noche, los convoyes le avientan desde abajo su carbón negro. Una especie de pesadez la ha despojado de toda consistencia por el lado de la estación: sus casas grises y viejas, recostadas como para tomar el sol, contemplan tristemente adherirse a ellas la espaldadera de humos.

Mientras subía la rampa a marcha lenta, Simon echaba un vistazo de vez en cuando al enredo de vías que se desmadejaba; a lo lejos, detrás de las praderas llanas, se adivinaba el manto del gran río que se ensanchaba hacia el mar; una gasa de bruma rojiza que lo ocultaba a medias bañaba de un suave nacarado los matorrales de los tanques de petróleo de la refinería. Tan cuidadosamente la había bloqueado, la había contenido tan de antemano —como una tropa dispuesta a conceder un limitado repliegue antes de la refriega— que la ligera

decepción del tren ya se iba atenuando. Por encima de los edificios de la estación, buscó con la mirada, a través de la calina, la antorcha amarilla de la refinería, y percibió de repente, retorciéndose al viento que lo zarandeaba como el ápice de un asta de bandera, su suntuoso echarpe de hollín abullonado. «El viento no cede —pensó—, hará bueno», y de golpe, el sol atónito y taciturno de mediodía, el pequeño *nirvana* cruel suspendido en mitad de la jornada de estío que siempre le oprimía, se abanicó para él con galanura. Enfrente, percibía el lento declive de la tarde, y al final de la cuesta, no bajo la parrilla del áspero y gredoso sol, sino envuelta en el terciopelo más fresco de la noche ya incipiente, respunteada a lo largo de las vías por sus delicadas estrellas rojas y verdes, la más secreta de las estaciones nocturnas a la que había de volver —las luces— el tren.

Las calles de Brévenay estaban vacías; una atmósfera de nauseabunda siesta caía a plomo sobre ellas bajo el sol: un ribete de sombra roída y ya pachucha invadía apenas la mitad de la acera. Continuó a marcha lenta, como el que merodea, a lo largo de las aceras soñolientas. Dejó atrás uno o dos hoteles alzados sobre una escalinata de tres peldaños entre dos macetones de boneteros, enclaustrados frente al calor de fuera. A cada ocasión dudó algo más de la cuenta ante las cortinillas corridas sobre si entrar o no a solas en medio del recogimiento hostil de la sala sombría y bulliciosa, con su rumor de mandíbulas removidas; y entretanto el coche ya había avanzado, llevado por su propia inercia. No tenía realmente hambre; aceleró, orilló la

cuesta del mercado de pilares de madera, aplastado en medio de la plaza bajo su cubierta de pizarra, y sin darse cuenta estaba ya fuera del pueblo, por el lado donde la doble hilera de casas ya dispersas se detenía, frenada en seco por la carretera general de la Côte de Perle. Se adentró en la carretera y aparcó el coche en el arcén de hierba; era el momento de reflexionar sobre lo que iba a hacer. Al pararse el motor, el vasto y calcinado silencio del campo entró en el coche por la ventanilla abierta. A aquella hora del almuerzo, la carretera dormitaba; sólo a grandes intervalos, un zumbido tardío rezongaba sobre el asfalto haciendo vibrar unos segundos los cristales. La mirada seguía maquinalmente al coche que se alejaba, diminuto y solitario, sobre la franja reverberante, súbitamente cercano como una humilde vida particular, estimulado por un impulso comprensible: la prisa, el hambre, el aguijón del retraso.

Simon sólo veía enfrente la ancha cinta de la carretera, dividida por tres franjas amarillas que se perdían detrás de una elevación del terreno por una curva de tren de recreo, y que descendían hacia él por encima de la espalda de la colina con un terso flujo de río de asfalto. En cuanto quedaba libre de coches, el río parecía inmovilizarse de inmediato, y el silencio adquiría una cualidad algo fantasmal, como si el vacío —un vacío repentino y una pizca atolondrado— hubiese descendido sobre él marcado por las vacilantes lenguas de fuego del calor. «Los ángeles también pasan sobre las grandes carreteras», pensó, y vio desplegarse ante él su mediodía,

libre, disponible y agitado, algo imponente, como las grávidas nubes infladas que empezaban a ascender por encima de la cresta de la carretera.

No había contado seriamente con que Irmgard llegase con el tren, pero no había pensado nada al margen de la espera nerviosa en la estación: era como un pequeño agujero particular en el que se había recluso de antemano. Se sentía totalmente ocioso; el tren vacío lo había arrojado a un planeta de desecho, al mundo macilento y embridado de las horas muertas. «¿Qué voy a hacer? —pensó, con la cabeza embotada—. No tengo mucha hambre, aquí no se está mal, no hay nadie». Estuvo durante unos segundos con la mente casi completamente en blanco. Una nube pasó delante del sol, a su derecha permanecían inmóviles, en medio del aire repentinamente gris, las ramitas del seto, por encima de cuyas crestas se alzaba en solitario un tablero de baloncesto, muy realzado sobre dos montantes metálicos, un anuncio rojo y amarillo de la gasolina Shell. Contempló por un momento, sin estar aún despejado, cómo se posaba su mano en la llave de contacto; el motor ronroneó, una vida sorda y urgente animó el coche, y Simon comprendió que la pausa misteriosa que acudía a instalarse a su antojo en medio de sus días quedaba a sus espaldas: él circulaba.

Una vez que el coche hubo superado la cresta, su mal talante empezó a disiparse. El sol había reaparecido. Al fondo de todo, donde se anunciaba el cruce de la carretera de Bretaña, una gasolinera

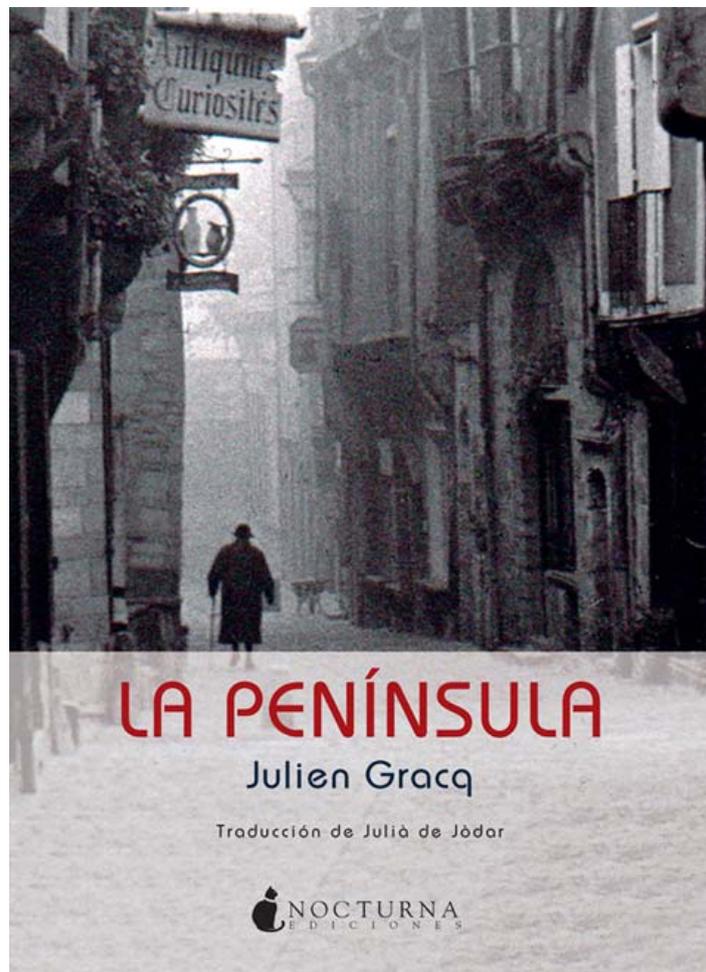
cortaba la perspectiva con su bungalow colonial enjalbegado de un blanco grasiento y hacía flamear sus gallardetes: la atmósfera oreada y restallante de las vacaciones resplandecía allí de golpe, como un otoño resguardado y todavía bisoño, en medio del soto agostado a trechos. Los grandes cielos blancos de los promontorios de Bretaña fluctuaban ya sobre el declive de la tarde; al fondo de la perspectiva, contra el muro de la gasolinera, las sombras de los coches empezaban a deslizarse en mayor número. Circulando bastante despacio, Simon intentaba localizar, a su derecha, por encima del seto, el letrero del «Relais de Pen-Bé», que recordaba haber divisado al llegar por la mañana: le había parecido adivinar a la altura del letrero, recortado en medio del césped contra una hilera de robles, un pequeño castillo, y la emboscada de casas solariegas del camino real siempre hallaba en él una presa propicia: poco le importaba almorzar mal, mientras almorzase frente a los árboles de un parque. Torció a la derecha por el camino enarenado. A su espalda, el torbellino de un coche rápido bramó sobre la carretera, pero una atmósfera ya sosegada, un silencio guarecido, como si la casa lejana hubiese ampliado su gesto de acogida hasta la entrada, rodeaba el coche. Rodaba quedamente entre mustios cuadrados de césped que se extendían por la derecha hasta el borde de la tierra removida; más abajo, la cúpula del campanario de Brévenay aparecía en solitario a ras de hierba. En lontananza, al pie de un cielo de vapores grises, la vista reconocía la estela de brumas del río.

SIGUE LEYENDO

A la venta: **5-12-2011**

LA PENÍNSULA

Julien Gracq



ISBN: 978-84-939200-4-3. PVP: 14 €

 **NOCTURNA**
E D I C I O N E S

Distribución: UDL Libros (www.udllibros.com)
Ámbito nacional (España)